

Valladolid, Barcelona, Maryland

SERGIO VILA-SANJUÁN

LA VANGUARDIA, 13.03.10

En 1954 Orson Welles rodaba en Valladolid Mr. Arkadin, y Miguel Delibes, que trabajaba en El Norte de Castilla, se apuntó como extra a la filmación a cambio de "diez pesetas y un bocadillo de jamón, de madrugada". Lo importante, claro, era la experiencia, y alguien que tenga tiempo y suerte tal vez podrá algún día identificar al novelista entre los trescientos comparsas de una escena de máscaras desechada en el montaje final de la película. Delibes lo recordaba en líneas recogidas para la Antología de textos sobre Valladolid y sus gentes, publicado por Plawerg, que plasma sintéticamente la clara vinculación del novelista a su ciudad natal a través de descripciones urbanas, recuerdos personales y profesionales, semblanzas y fragmentos narrativos.

En mayo del 2003 Pilar Lucas, de la editorial Destino, me llevó a ver a Delibes a su piso de la calle Dos de Mayo. Las secuelas de una operación le tenían ya muy fastidiado. Su principal pasatiempo, confesaba, era mirar las competiciones deportivas por televisión, y especialmente el tenis. Se las arreglaba para acudir a misa regularmente ("a una iglesia de viejos", precisó). Pero lo que le molestaba profundamente era que no podía salir al campo, ni a pasear por su ciudad. Y es que Delibes fue el novelista de Valladolid como Clarín lo fue de Oviedo, pero más, porque su dedicación narrativa resultó más prolongada, y plasmada en más volúmenes. La historia moderna de su ciudad no puede comprenderse sin su obra literaria.

Quizás menos evidente es la importancia de Barcelona en su vida, pero la tuvo, y mucha. ¿Qué hubiera sido de su carrera de no haber ganado en 1948 el premio Nadal? Imposible saberlo, pero lo que sí sabemos hoy de forma muy documentada es cómo se gestionó esa carrera gracias al importante epistolario cruzado con Josep Vergés entre 1948 y 1986 y publicado en el año 2003. Quinientas cartas en las que autor y editor discuten proyectos y correcciones, preparan encuentros, idean estrategias e intercambian apoyos para sus respectivas empresas periodísticas. Quinientas cartas que documentan la importancia, incluso en pleno franquismo, de una sólida industria cultural para sostener una larga y brillante trayectoria literaria. Para el autor de *El camino* esa industria cultural fue catalana y a Delibes le fue tan bien con ella que consiguió la proeza de que le subieran los derechos de autor del 10 al 15% del precio del volumen. No debió ser fácil la negociación. En la que Vergés acabó cediendo como consecuencia "del creciente número de ventas y, sobre todo, el irme convirtiendo poco a poco en el auténtico sostén de Destino", según me manifestó en una ocasión Delibes.

¿Y EE.UU.? Pues allí se fue el escritor en 1964, con una beca Fulbright Travel para enseñar *Novela Española Contemporánea* en la Universidad de Maryland. Al regreso publicó el libro *USA y yo*, donde abordaba cuestiones como la educación de los niños, la discriminación racial y la "socialización de la abundancia". Y en el que hablaba del "campo próspero" americano por contraposición al "campo trágico castellano". Su percepción, entre fascinada y aterrorizada, anticipaba la transformación consumista de la sociedad española, una de sus preocupaciones en los lustros siguientes.

Y es que al Delibes vallisoletano profundo, voluntario escritor de provincia y castellano de pura cepa, el mundo editorial catalán y la experiencia universitaria estadounidense le brindaron ventanas que fueron determinantes para la universalización de su trabajo literario.